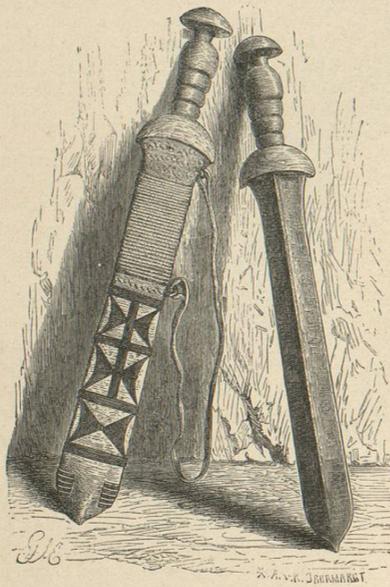


de barro: asimismo están muy generalizados el arco y las flechas, éstas últimas con frecuencia envenenadas, aunque no siempre, con sustancias mortales; pero un gran número de tribus del Este de África no las usa, quedando entre ellas relegadas estas armas, que se consideran menos nobles, á los pueblos sojuzgados, es decir de más baja condición. Todos los arcos genuinamente africanos presentan una encostradura sencilla, no forzada como en los de los asiáticos. Los fusiles se han popularizado rápidamente. Las grandes mazas de combate, los aparatos arrojados de lanzas y las largas espadas son cosas entre los negros desconocidas: sólo entre las tribus del Norte encontramos los hierros y las maderas arrojadas.

Del equipo militar de los negros forman parte, además de las armas, otras prendas, pues procuran vencer por medio del terror: por esto para ir á la guerra se adornan como para una fiesta, dándose abundantes unturas con unguento



Una espada, de Camerun (Museo británico) 1/2, de su verdadero tamaño

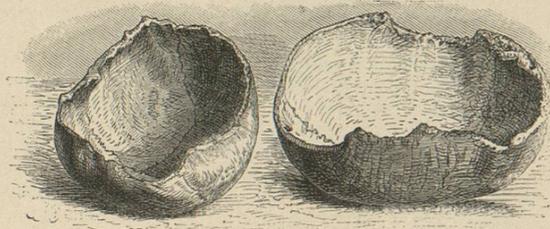
de ocre, gracias á las cuales su piel oscura toma el color del bronce recién fundido, constituyendo un fondo sobre el cual se destacan los adornos de hierro y de latón perfectamente bruñidos. A manera de bandas cruzan por su pecho cadenas de hierro ó una argolla de rígida clin de cebra. El repugnante rostro de los zulús y otros pueblos semejantes va adornado con un nimbo de plumas cortas y negras de avestruz adheridas á una tira de cuero, del cual se levantan en la coronilla grandes plumas blancas, unas veces tiesas y otras movedizas. Los wakambas cubren su cabeza con una piel de babuino, puesta á manera de gorro, y adornan sus rodillas con pedazos de piel pardusca del mono colobus, de larga cabellera. «Con el arco en una mano, un manojo de flechas envenenadas ó de dardos en la otra y con el escudo tan alto casi como él y pintado con colores chillones debajo del brazo, lánzase á la lucha dando saltos como un loco, en medio de la espantosa gritería del combate y aguijoneado por los agudos sonidos del *ngoli* (flauta guerrera), con todo el aspecto de una fiera.» Más terrorífica es la im-

presión que tales salvajes producen cuando se pintan el oscuro cuerpo de blanco ó de encarnado ó de ambos colores á la vez, formando variados dibujos, y cuando los gritos de guerra van acompañados de aquella música salvaje que sólo puede compararse con el ruido que produce una tempestad en los trópicos. La historia de las guerras cafres nos demuestra que las mismas tropas europeas no siempre podían resistir á esas manifestaciones de salvajismo guerrero.

En dos conceptos está la crueldad enlazada con la religión en los pueblos que se encuentran en el mismo grado de cultura que los negros; primero, porque las prácticas religiosas suelen pecar de crueles; y segundo porque en un mayor grado de cultura la religión se opone á toda acción cruel. La religión de los negros no es de las más crueles, pues el carácter de este pueblo no se deja imponer grandes sacrificios por los factores espirituales, pero esto no impide que haya sacrificios humanos, bien que no en tan gran número como en los naturales de Méjico. También encontramos en este pueblo la antropofagia. La afición que tienen los árabes, especialmente los pueblos vecinos de los antropófagos que quizás han de tener algo de ellos, á exagerar esta inhumana costumbre, contribuye poderosamente á hacer que sea muy difícil conocerla y formular un juicio sobre ella. Livingstone refiere, como ejemplo de la credulidad de los árabes, que cuando un mensajero llevó á Manyema envuelto en una hoja, un dedo humano que había sido cortado á un cadáver y que debía ser utilizado en un tercer pueblo como hechizo, los árabes creyeron en seguida ver en esto una prueba de la antropofagia de los manyemas. De suerte que la leyenda de caníbales que, procedente de Nyam-Nyam, encontró Hornemann en Mursuk, aparece en todas las tribus africanas y se refiere á todas las comarcas. Pero de todos modos es indudable que esta leyenda está en más de un punto justificada. Guardando, por de pronto, silencio acerca del canibalismo demostrado de los mombuttús y de los nyam-nyam, cuyas costumbres estudiaremos más adelante detenidamente, sólo llamaremos la atención acerca de las noticias, muy extendidas y en más de un caso confirmadas, relativas á la antropofagia de algunos betschuanos, porque ellas demuestran que este hecho bárbaro hállase establecido aun en aquellos puntos en que no existe como costumbre transmitida. La miseria que las guerras de Matabele trajeron consigo, creó en el país de los machonas y de los makalakas muchas tribus antropófagas. Merensky y Holub nos hablan de sacrificios humanos realizados allí: cierto que éstos no se atreven á celebrarse con toda publicidad, pero hay pruebas fehacientes de que se llevan á cabo, bien que no pueda determinarse fácilmente su carácter religioso. Cuando el señor de Dahomey sacrificaba en 1870, 500 hombres cada año, no sabemos si obraba así por satisfacer sus crueles instintos ó por atraerse el favor de los dioses.

Los sacrificios humanos, que no son en África cosa común, toman muchas veces el nombre de los caudillos. José Thomson cree que el capitán ó factotum de un caudillo walungu es siempre muerto cuando muere su soberano y con él enterrado. «Esto lo practica también el pueblo, siendo una práctica estrechamente enlazada con la costumbre nacional.» Gracias á esto, ningún capitán walungu se atreve á conspirar contra la vida de su soberano, pues con ello firmaría su propia sentencia de muerte: también está, por la misma razón, en su interés evitar toda tentativa que en este sentido se concertara por otro y velar con gran celo por la seguridad de su señor. Otra costumbre bárbara, que no podemos mencionar sin ciertas reservas, puesto que Thomson

no lo presencié, es la de que al morir un caudillo walungu todas sus mujeres (que son muchas) á excepción de una son muertas, á la vez que el capitán, y quemadas. A la que sobrevive le espera todavía una suerte peor: en efecto, practícase en el suelo un agujero de las dimensiones de su cuerpo: enterrada en él, sólo se le deja una pequeña abertura por la cual respira y se le puede poner una lanza en la mano. Si á los dos días de enterrada vive todavía y sostiene en su mano la lanza, se la saca de allí y se le permite seguir viviendo; si ha muerto ó por lo menos no da señales de vida, ya no hay necesidad de darle otra sepultura y la cosa queda ultimada. Análogas costumbres se siguieron durante mucho tiempo en la Costa de Oro, en donde la muerte de su viudas del caudillo se convirtió en el uso más suave del encarcelamiento por el mismo período que antes duraba el enterramiento. Es indudable que también en otros lugares se verifican sacrificios humanos en los funerales y entierros:



Vasos de los aschantis hechos con cráneos humanos (Museo Británico)

imagina: quizás él mismo no lo sabe, es decir no se ha formado una imagen determinada de este ser que lleva en todos los idiomas bantús, es decir entre la mayoría de los que hablan los negros africanos, varios nombres, de los cuales pueden citarse los de Modimo, Ukulunkulu, Itonga. Los unos dicen: «Modimo, dios, habita en una cueva situada al Nordeste, de la cual han salido todos los animales: entonces las montañas y las peñas eran blandas y por esto véñese, aun hoy en día, impresas en las rocas de aquella cueva las pisadas de los animales.» O bien: «Dios vive debajo de la tierra y sólo tiene una pierna.» Los basutos y las tribus betschuanas llaman á dios en plural Badimo y Amatongo, es decir dioses, y creen que influyen en los hombres por medio de sueños. Entre los zulús, las almas de los caudillos se convierten en amatongos. Del ser supremo Itongo, separan los zulús un Ukulunkulu, es decir, el mayor, que desempeña un papel en la creación del hombre; pues lo ha creado del *umhlanga*, es decir del fango, del cual salió él también en un principio (*Kugala*). Habló y dijo: «salgan los hombres» y entonces salieron todas las cosas, perros y reses, langostas y árboles, hierbas y cereales: dió á los hombres espíritus protectores, doctores y médicos, prohibió que los hermanos se casaran unos con otros é instituyó á los reyes. Cuando, en un kral, los adultos quieren librarse de los niños, les dicen: «Id, llama á Ukulunkulu y rogadle que os dé cosas bonitas.» Entonces los niños se van, gritan y nadie les contesta.

Indudablemente en esta idea de Dios hay alguna confusión, algo como un descenso de una altura en otro tiempo más elevada, pareciéndose más á los dioses de nuestras leyendas, decaídos y tratando como hombres con los hombres, que al poder espiritual de nuestras religiones espiritualistas que gobierna desde las remotas é inaccesibles regiones celestiales. Mas, á pesar de todo, se ve en ella la unidad originaria de un ser supremo, que aparece de una

TOMO I

la circuncisión, práctica general en casi todos los negros, es un resabio de ellos. Valerse de cráneos humanos como vasos es cosa que vemos en las costas de Guinea y llevar dientes humanos como adornos es costumbre en muchos puntos seguida. Además, con carne humana se hacen manipulaciones sospechosas. Con grasa humana se unta el caudillo de los matabeles y fertiliza las tierras. Todas las tribus negras tienen la superstición de que las partes de los cadáveres humanos encierran cierto poder. El herrero, en algunas tribus, pone en la fragua un trozo de carne humana antes de dar comienzo á su trabajo, y el envenenador cree poseer con ella un medio para echar del mundo á su enemigo de una manera rápida y segura.

¿A qué dios se ofrecen estos sacrificios? ¿cree el negro en un dios? Es indudable que siente la necesidad de relacionar con un ser supremo una porción de ideas que traspasan los límites de lo natural. Nadie nos ha dicho cómo se lo

manera más marcada en las costas occidentales, en donde las ideas mitológicas, como algunas otras, se han conservado más puras que en el Oriente trastornado por las emigraciones y por las guerras. Como en todas partes, la idea de Dios se presenta más clara en la creación y conservación del mundo. Mientras que la omnipresencia unipersonal del Supremo, que se nos cita como dogma en Akem, puede muy bien ser una interpolación de un observador optimista, quizás de la clase de misioneros, su encarnación en la bóveda celeste, que sólo es una parte de su inconmensurable é infinita esencia á la cual no cabe atribuir vida ni muerte, vejez ni juventud, recuerda harto notablemente las ideas malayopolinesias para no poderla considerar como perteneciente al círculo de ideas propias de los pueblos naturales. Y á esta creencia general en la Costa de Oro corresponde la de los madís del alto Nilo que hacen proceder del cielo al primer hombre. Esta semejanza queda completada por el dato de que el cielo es el padre del mundo y la tierra su madre; también la encontramos aquella reminiscencia de la leyenda paradisíaca que tienen los wakambas, según la cual, en un principio, todo el firmamento, incluso el sol, había vivido pacíficamente en la tierra; pero habiéndose, un día, el sol acercado demasiado á una adansonia, con lo cual este árbol quedó seco, empeñóse una lucha que terminó separándose los astros de la tierra. Esta leyenda trae á la memoria los mitos polinesios y melanesios, las leyendas micronesias del árbol Denges y otras análogas.

Raras veces aparece perfectamente marcada la idea de un más allá, pero existe un gran número de prácticas que se refieren á una supervivencia después de la muerte, por muy indeterminada que esta idea se ofrezca. Se cree que el alma (respiración?) del hombre muere con él, pero que su espíritu (sombra?) va á vivir debajo de la tierra y de allí vuelve á salir. Las tumbas son sagradas y los parientes del muerto acuden á ellas en busca de oráculos. Es un hecho

verdaderamente extraño el de que muchas veces el culto de los muertos esté enlazado con una especie de culto de las serpientes. Los cafres hacen derivar la felicidad y la desgracia en la vida usual, de los espíritus de los difuntos, especialmente de los de sus caudillos. Estos espíritus se llaman *amalosis* ó *ozuutas* y viven dentro de las serpientes: los espíritus de los caudillos viven dentro de una clase de serpientes, los de la plebe en otra y en otra los de las mujeres. Si se introduce alguna serpiente en una casa, se observa si vuelve á marcharse ó no: si lo primero, es una serpiente salvaje; si lo segundo, es el Itongo, dios del hogar. Si se da muerte á una serpiente porque es venenosa ó por tal se la tiene, el espíritu que en ella vivía se aparece á las gentes en sueños: si este espíritu era el de un caudillo, el reptil es enterrado y su esqueleto colgado más tarde en la puerta de la aldea, siendo su muerte purgada con un sacrificio. Las serpientes son los únicos animales á quienes los dinkas y los schilluks profesan cierta veneración divina: los primeros las llaman «sus hermanos» y consideran como un crimen el matarlas. Algunos individuos á quienes Schweinfurth pidió noticias, le aseguraron que las serpientes eran individualmente conocidas por el dueño de la casa que las llamaba por sus nombres y las trataba como animales domésticos. Las especies de serpientes que viven en las cabañas de los dinkas son animales completamente inofensivos. Estas ideas, que tan generalizadas vemos en el África oriental, no pertenecen, sin embargo, exclusivamente á los negros, pues entre los pueblos gallas se encuentra en la misma forma el culto de las serpientes, y los abisinios, según Krapf, antes de convertirse al cristianismo, dirigieron sus preces á una gran serpiente. Los zulús tienen, aun de una manera más marcada, la superstición de las serpientes. Entre los betschuanes, sólo algunos rasgos de las creencias populares recuerdan el culto de las serpientes, entre ellos la leyenda de Mamokebe, serpiente que, como dios de río — que en una u'otra forma encontramos en todas las tribus negras — habita en las corrientes de agua; la creencia de que aquellos á quienes mira la serpiente colosal serán muy felices; y otras leyendas, según las cuales las serpientes blancas son las que guardan y distribuyen las aguas en los manantiales. Entre las ceremonias que tiene que hacer una muchacha para ser declarada casadera, figura, en algunas tribus de los basutos, la de confeccionar con arcilla una figura de serpiente alrededor de la cual se baila. Merensky opina que esta práctica es una reminiscencia del antiguo culto idólatra.

Las formas de los enterramientos, cuando son completas como las que encontramos en la mayor parte de las tribus, significan el deseo de conservar la memoria de los muertos y de mantener relaciones con ellos. De aquí la formación de una colina de piedras encima de la tumba ó junto á ella, á cuyo alrededor se colocan cráneos de enemigos vencidos, dientes de elefante y otros trofeos de caza, á manera de adornos; de aquí también la disposición de sepulcros en forma de nichos para resguardar al cadáver del contacto directo con la tierra de la colina funeraria; la custodia de las tumbas reales — provistas de chozas de fetiches — entre los lundas y los wagandas, que han de ser visitadas periódicamente por los soberanos; la costumbre de los ovahereros de enterrar á los hechiceros, á quienes se pueda temer, en los puntos más apartados, á fin de no volverlos á encontrar, y otras prácticas análogas. Los duallas y otros negros del Oeste cavan las fosas en las propias cabañas. Algunos pueblos negros destruyen la cabaña que el difunto ha habitado, ó emigra toda la aldea cuando el muerto es un caudillo. Reminiscencia de esto puede ser la costumbre que tienen los wanganjas de llorar durante dos días por sus muertos, cu-

yo cazarros rompen y cuyas provisiones tiran. Como signo de tristeza, se arrollan también hojas de palma en la cabeza, cuello, pecho, brazos y piernas dejándolas colgar hasta que por sí solas se desprenden. Las tumbas se cavan en lugares comunes ó á la sombra de los árboles, y sobre ellas colocan los wanganjas, además de los utensilios que en vida usaban los muertos, un tronco de plátano en el sitio que corresponde á la cabeza. Entre las tribus nyassas, la cabeza del cadáver está siempre orientada hacia el Norte, al paso que las tumbas de Bihé están construídas en dirección de Este á Oeste. Dada esta manera de enterrar, es indudable que esos pueblos creen en una supervivencia, creencia que en la costa de Camerun, viene formulada más concretamente diciéndose que las almas de los muertos necesitan nueve días para llegar al lugar del descanso absoluto, conocido en este territorio con el nombre de Bela: por esto los funerales se celebran nueve días después de ocurrida la muerte. Un anciano wanganja decía á Livingstone: «Aquí vivimos muy pocos días, pero después de la muerte volvemos á vivir, bien que no sabemos en dónde, ni en qué situación, ni con qué compañeros, pues los muertos no vuelven nunca para decirnoslo. Algunas veces, los muertos vuelven y se nos aparecen en sueños, pero nunca nos hablan ni nos dicen á dónde han ido ni cómo les va allí.» Otro, hablando de los muertos, usaba la expresión «duermen.» Parte como monumentos sepulcrales, parte como vagas conmemoraciones en honor de un ser espiritual cualquiera; he aquí como deben ser considerados los montones de piedra (denominados algo pretensiosamente «cairns» por los viajeros ingleses) que encontramos con frecuencia en el Sud de África y en el África sud-ecuatorial. Estos montones los vemos no sólo en los países negros, sí que también entre los hotentotes y entre los gallas. Las más de las veces están situados en las montañas, en los desfiladeros, en los caminos, en una palabra, en los parajes que, por cualquier motivo, han de llamar la atención, sirviendo también con frecuencia de mojones ó indicadores de caminos. Así, por ejemplo, encontramos dos en el punto en que descendiendo desde Miule, en el territorio rovuma, hacia el lago Nyassa, se divisan por vez primera las azuladas aguas de éste. Los indígenas á quienes se pregunta acerca del origen de estos rústicos monumentos, no saben, las más de las veces, indicar el objeto á que están destinados, sino que creen que las piedras han sido allí casualmente amontonadas por alguno que quería construir un huerto. Esto no obstante, sabemos que algunas tribus negras colocaban estos montículos sobre ó al lado de las tumbas. Estas revisten también entre los bongos, una forma cilíndrica, uno de los pocos casos en que la fantasía de los negros se aproxima á la arquitectura monumental. Algunas piedras aisladas, entre ellas las antiguas armas de piedra, son objeto de una veneración cuyo origen desconocemos. Un pilar colosal de granito, en Kambala (Benguela), lleva el nombre de Tembalni, dedo del diablo.

Las expresiones que para designar á Dios tienen los distintos idiomas de los cafres sud-africanos las explica Bleek por la unión de la idea de un ser supremo con el culto de los antepasados de estos pueblos. En el idioma zulú, las mejores autoridades expresan la idea de Dios con la palabra Ukulunkulu, que va seguida de la raíz adjetiva *kulu* (grande, viejo) y que en su origen podría significar «antepasado». Gran afinidad con esta palabra tienen el Mulungulu del dialecto de Inhambane, y aun el Mlungu del Kikamba y el Mungo del Kipokomo. «Es sorprendente — dice Bleek — encontrar que dos palabras, al parecer tan distintas como Unkulunkulu y Mungo son idénticas; pero en este caso particular podemos seguir tan bien la derivación gradual que no cabe

acerca de ello la menor duda.» Los ovahereros designan á Dios con la palabra Omukuru, de *kuru* que en su idioma significa viejo y responde, por ende, al *kulu* de los zulús. Aun en aquellos puntos en que encontramos otras palabras para designar la idea suprema, nótese siempre la conexión con el culto de los antepasados, como sucede, por ejemplo, entre los sisutos que tienen para Dios la palabra «Molimo» que también significa «espíritu de antepasado». La denominación que usan los eweos, Anian-Kopong, tiene una entonación notablemente austral.

Las supersticiones animales están muy desarrolladas entre los negros: cada animal está enlazado con una idea supers-

ticiosa, siendo los animales los que, después de los héroes, desempeñan el más importante papel en su poesía plagada de fábulas y de historias de animales. Los indígenas respetan un buen número de animales, en parte porque les da miedo matarlos y en parte porque les espanta el comerlos. De esto no puede, sin embargo, deducirse la existencia de una adoración á los animales, pues ese respeto no es, según todas las probabilidades, sino una superstición vaga que también se extiende á otros objetos. Así por ejemplo, casi todas las tribus negras del Sud de África sienten tal repugnancia hacia toda clase de pescados que, no sólo no los comen, sí que tampoco se atreven á tocarlos, afirmando, por lo común, que los peces son serpientes, serpientes acuati-



Cementerio y árbol sagrado de Mbinda (según Stanley)

cas, por cuya razón tienen miedo de comerlos. El caudillo bawanketsi, Cassisioe, en cierta ocasión en que comía en casa de un comerciante, pidió á este un cuchillo y un tenedor que no hubiesen tocado pescado. En cambio, el vanidoso Setscheli demostraba el barniz europeo con que gustaba de presentarse, comiendo pescados de todas clases y diciendo que sabía tan bien como los blancos lo que era sabroso. La mayor parte de las tribus repugnan también comer carne de cerdo, por lo cual éste sólo en unas pocas es animal doméstico. Entre los habitantes del Kalahari está muy generalizada la creencia de que trae desgracia matar un león viejo, y por esto no salen al encuentro de estos animales que son precisamente los más temibles para el hombre. Los madís creen con preferencia que los amigos muertos resucitan en forma de leones. También se considera inviolable el pájaro *scopus umbretta*, que los boers denominan *hammerkop* (cabeza de martillo). Mas general es el respeto á las hienas, lo cual es debido á la creencia de que los hombres hechiceros pueden convertirse en tales fieras. Los makondes no comen carne de leopardo, probablemente porque éste come carne humana. Difícil es asegurar si este recelo depende de que cada una de estas tribus tiene su animal nacional, por ejemplo los batlapis, por modo excep-

cional, el pez, los bakuenas el cocodrilo, los bakatlas el mono, los bamangwatos el ducker (*cephalophus mergens*, especie de antilope), de la misma manera que ciertas tribus aschantís adoran el gato salvaje y otras el búfalo que ostentan también en sus blasones; y decimos que es esto difícil porque estos pueblos no se dan cuenta ni de las causas de esta creencia ni de sus otras muchas supersticiones. Que entre ambos hechos existiera en otro tiempo una relación, hácelo verosímil el sistema atúa y el kobong de los polinesios y australianos (exactamente parecido al de estos negros) entre los cuales cada tribu estima en mucho y tiene como símbolo un animal, cuya matanza trae desgracia. Otra razón más poderosa de aquella repulsión es indudablemente la abundancia de animales que ofrece el país y el contacto íntimo, ora amigable ora hostil, que tienen estos pueblos con los innumerables animales con los cuales comparten el territorio ó que como animales domésticos reúnen alrededor de sus krales. Según parece, la importancia de una superstición hacia un animal determinado, aumenta con la magnitud é importancia del mismo, y de aquí que pudiera llenarse un capítulo largo con solas las supersticiones á que dan lugar los elefantes: estas llegan hasta el punto de que los matabeles rascan la porquería de los colmillos de elefantes recién muertos y la